



COSAS DE LOS NIÑOS.

La cobardía es un defecto muy feo.

Un hombre cobarde es un sér ridículo de quien todo el mundo se burla.

Ya habeis visto en la representacion de muchas comedias en que hay algun tipo de cobarde, cuántos trabajos le pasan, cómo se mete de patas en el mismo peligro que mas ha querido huir, cómo le tratan todos los demás personajes poco menos que á puntapiés, y por último, cómo se divierte y regocija el ilustrado público á costa del personaje cobarde y receloso.

No creais por esto que el hombre para no ser cobarde ha de ser un perdana-vidas, soberbio, fanfarron, temerario... no hijos míos, porque eso sería caer en el defecto contrario, en un defecto tan ridículo como el otro.

El hombre ha de ser prudente, sereno, digno, valeroso, sin ser provocativo é insolente, y en todas las eventualidades de la vida ha de manifestar esas cualidades, sin vanidad, sin exageracion, como la cosa mas natural del mundo.

Para adquirir estas cualidades es preciso que desde vuestra infancia procuren las madres de familia hacéros-las amables y acostumbraros á ellas, considerando que los niños son hombres pequeñitos con defectos pequeños que luego, si á tiempo no se han corregido, van haciéndose mayores y mas difíciles de remediar, á medida que los hombres pequeñitos se van haciendo hombres grandes.

La primera cualidad de una buena madre de familia, es la prevision. Ha de educar á sus hijos para que sean hombres, y no como si hubieran de ser niños toda su vida. Los defectos adquiridos en la niñez suelen no corregirse en la juventud ni en la edad madura, pero las buenas cualidades del niño son luego seguramente las virtudes del hombre.

Es sumamente peligrosa la costumbre que hay de amedrentar á los niños y abusar de su credulidad, contándoles las horrorosas proezas de personajes tan famosos como el Coco, Pedro Bote-

ro, el tío Pateta y otros, cuya evocación infunde miedo y espanto en el ánimo de las cándidas criaturas. Los niños suelen ser en extremo impresionables, y si se les habla siempre de fantasmas, dispuestos á comérselos crudos, de tragos que van á venir á llevárselos, de un dragon que está en el cuarto oscuro esperándoles con la enorme boca abierta para tragárselos, y de otros horrores por el estilo, no es raro que se hagan tímidos, suspicaces, recelosos y desconfiados.

No es esa la manera de ir formando el carácter de un hombre.

A los niños se les debe inspirar confianza; ante todo, se les debe habituar á la franqueza, á no ocultar nada, y á no tener miedo. No hay nada más antipático que un chico que huye de la gente, que se esconde en un rincón cuando se le llame y que mira de reojo á todo el mundo.

Bien puede asegurarse que niños que tienen ese carácter están mas acostumbrados á la amenaza que á la confianza; pero así como parecen mosquitas muertas delante de gente, aprovechan las ocasiones en que están solos para hacer sus travesuras, y se acostumbran así al disimulo y á la mentira, que son dos defectos parientes muy cercanos de la cobardía.

Los niños deben ser francos, deben ser alegres, expansivos, deben no ser gazmoños, ni impertinentes, ni pegajosos, ni cobardes, sobre todo.

Un niño que no se atreve á entrar en una habitacion si no hay luz, que se echa á llorar cuando le van á cortar las uñas, que se esconde debajo de la cama cuando entra en casa el aguador, que huye de un perro que va á acariciarle, y puede que luego á traicion le

tire una piedra ó le dé un pinchazo, no puede hacer gracia á nadie.

No vayais á creer tampoco que no ser cobarde es ser en extremo revoltoso, y subirse por todas partes, y estropearlo todo, y exponerse á romperse la cabeza haciendo diabluras, y pegar á otro niño, ó hacer sufrir martirio al gato, sin miedo á un arañazo, que el animalito mas manso dará seguramente, si se le apura la paciencia y se abusa de su bondad maltratándole.

Los niños han de ser sufridos y animosos en las enfermedades que Dios les envia, y agradecer los tiernos cuidados, la incomparable solicitud de sus buenas madres que sufren mucho mas que ellos mismos cuando los ven enfermos.

Andando el tiempo, cuando sean hombres, ya echarán de menos estos esquisitos cuidados, que no hay gratitud ni sacrificios bastantes con que pagarlos.

Así, pues, cuando esteis enfermos, niños, y se os acerquen vuestras madres cariñosas á daros una medicina, tomadla obedientes, tomadla agradecidos, tomadla, aunque sea muy mala de tomar, sin la menor repugnancia, como un bálsamo reparador que os dá un ángel... Una madre no puede dar á su hijo mas que aquello que ha de hacerle bien.

La flaca naturaleza está sujeta á gran número de enfermedades; todos tenemos que sufrirlas, y sufrirlas con resignacion, porque no está en nuestra voluntad evitarlas sobre todo en la infancia.

En la edad madura, es posible evitar muchos males, teniendo buen método de vida y buenas costumbres. Y á que tengais estas buenas cualidades cuan-

do seais hombres, deben dirigirse todos los esfuerzos de vuestras madres acostumbrándoos desde niños al método, á la higiene, á no tener miedo al frío ni al calor, al estudio alternado con el recreo, á la limpieza y al ejercicio prudente y ordenado de todas vuestras facultades.

Seguid, pues, en todo, los consejos de vuestras madres, que siempre quieren vuestro bien, y no hagais nada que ellas no sepan, que ellas no crean bueno y conveniente.

Los niños que no tienen fuerzas, ni

discernimiento, ni prevision, tienen sin embargo todas estas ventajas, porque para ellos, para su bien, las tienen sus madres.

¡Dichosos vosotros los que teneis madres, que guien vuestros pasos, y os cuiden en vuestras enfermedades, y advinen vuestras necesidades para satisfacerlas! ¡Cuán distinta es vuestra suerte de la de los pobres niños huérfanos, que no han conocido las inefables caricias maternas!

C. FRONTAURA.

LAS MARAVILLAS DEL CIELO.

(CONCLUSION.)

DE LAS ESTRELLAS.

Las *estrellas* son, como hemos dicho en otra parte, astros cuyas variaciones de lugar son extremadamente lentas y restringidas. Su observacion es un objeto, no solo de agrado y distraccion para toda clase de personas, sino de suma utilidad para algunas, tales como el marino, que confia su vida y su buque á la direccion que la vista de estos puntos brillantes le aconseja seguir, ó el astrónomo que de ella saca todo el aprovechamiento de su ciencia. Sucede á veces que se necesita conocer el sitio en que se encuentra una estrella, ya para orientarse por ella, es decir, para determinar los otros puntos cardinales, ya para saber buscar otra recién descubierta. Para esto han convenido los astrónomos en reunir todas las que se hallan diseminadas por el espacio, en

grupos de diversas formas, llamados *constelaciones*, de las cuales se han formado mapas, y por este medio podemos, habiendo encontrado por ejemplo la *Osa Mayor* (vulgarmente *el carro*), hallar la *polar*, es decir, la que el movimiento de la Tierra nos hace ver en nuestro hemisferio, siempre inmóvil, por corresponder justamente al extremo ó *polo* Norte del eje de nuestro planeta, imaginando una línea recta que pase por las dos estrellas mas apartadas de la cola de la Osa Mayor, cuya recta va á parar muy cerca de la última de la cola de la Osa Menor, que es la *polar* buscada.

Las principales constelaciones de nuestro hemisferio son:

CIRCUMPOLARES Ó QUE SE DESCUBREN EN TODAS LAS ÉPOCAS DEL AÑO.

La *Osa Menor*, inmediata al polo, compuesta de tres estrellas de mediano brillo, y de otras varias de luz mas tenue. El *Dragon*, de forma ondulada, que envuelve una gran parte de la precedente. *Oefeo*, muy próxima tambien al polo, pero poco notable por el resplandor de sus estrellas. *Casiopea* ó la *silla*, hermoso grupo de siete estrellas perceptibles sin dificultad á la simple vista. Y la *Osa Mayor* ó el *carro*, que es entre todas la mas conocida.

BOREALES Ó QUE SUCESIVAMENTE VAN PASANDO SOBRE MADRID. *Andromeda* y *Perseo*, visibles á media noche desde Junio á Diciembre, en torno de Casiopea. El *Cocheo*, que aparece sobre el horizonte un poco mas tarde, constelacion compuesta de una hermosa estrella y de otras varias mas pequeñas, que son la *Cabra* y las *Cabri-las*. El *Lince*, formada de muchas, pero débiles estrellas, comprendido entre el *Cocheo* y la *Osa Mayor*. El *Leon Menor*, próxima tambien á la última constelacion citada. Y la *Corona Boreal*, *Hércules*, la *Lira* y el *Cisne*, opuestas á las anteriores, y visibles en todo su esplendor en las noches de primavera y verano, y las dos últimas tambien en la primera mitad del otoño.

ECUATORIALES Ó CUYA PRESENCIA SOBRE EL HORIZONTE ABARCA POR LO COMUN UNA PARTE DE LA NOCHE. El *Pegaso*, que, junto con *Andrómeda*, forma un hermoso grupo. La *Ballena*, muy extensa y situada en una region del cielo poco poblada de estrellas, al Sud de *Andrómeda*. *Orion*, visible casi toda la noche desde principios de Diciembre á fines de Enero, y notable entre todas las demás por su forma, que no carece de simetría, y las ocho es-

trellas principales de que consta, de las que la mas baja y occidental se llama *Rigel*. El *Perro Menor* que viene tras *Orion*, y el *Mayor*, del cual la principal es *Sirio*, un poco despues, notables, principalmente la última, por el vivo resplandor de sus estrellas. La *Hidra*, que solo contiene una estrella de mediano brillo. El *Boyero*, en la prolongacion de la *Osa Mayor*: su estrella mayor se llama *Arturo*. Y el *Aguila*, que con la *Lira* y el *Cisne*, presenta un magnífico aspecto en las noches de primavera y verano.

Y ZODIACALES ó sea QUE ESTAN REPARTIDAS EN EL CAMINO QUE RECORRE EL SOL CADA AÑO.—El *Carnero*, el *Toro*, los *Gemelos*, el *Cangrejo*, el *Leon* y la *Virgen*, que sucesivamente pasan á media noche por el meridiano en los meses de Octubre, Noviembre, Diciembre, Enero, Febrero y Marzo. La *Balanza*, el *Escorpion* y el *Sagitario*, ricas de estrellas que hermo-sean las noches del verano. Y el *Capricornio*, *Acuario* y los *Peces*, menos importantes, que brillan en otoño.

Distínguense tambien en el espacio como pequeñas islas de un archipiélago sin límites, algunas manchas nombradas *nebulosas* que, contempladas con un buen anteojo, se descomponen en millares de estrellas, como sucede en las *Pleyadas* de la constelacion del *Toro*, que contienen en su centro una pequeña nebulosidad poco perceptible á la simple vista. El mismo fenómeno se verifica en esa zona luminosa que como rio de plata va serpenteando por todo el cielo, estrechándose en unos lados, bifurcándose en otros, y perdiéndose á lo mejor para volver á aparecer mas brillante, llamada *via lactea*, ó, vulgarmente, *Camino de Santiago*, que

abrazan las constelaciones de Casiopea, el Cisne, el *Aguila* y el Sagitario, que lucen en estío y otoño, y las de Perseo, el Cochero, Orion y el Perro Mayor, que brillan mas particularmente en invierno.

DE LA LUNA.

No podemos terminar estas ligeras noticias de la Astronomía sin hablar de este satélite, pues su importancia por sus efectos climatológicos y por su proximidad á nosotros, nos haria gravísimos cargos.

La *Luna*, este brillante fanal que en las claras noches así de invierno como de las demás estaciones del año, ilumina nuestro globo prestando á los objetos que nos rodean ese tinte fantástico y de encantadora melancolía, ejerce un gran influjo en las variaciones atmosféricas. Su atracción respecto á las aguas, produce los movimientos del Océano, llamados mareas, de tanta importancia en la navegacion, y su presencia en nuestro hemisferio en tiempo oportuno, suele alejar las nubes y convertir en apacible y sereno un tiempo desagradable y borrascoso.

Segun que se encuentra detrás ó delante de nosotros respecto al Sol, se nos presenta en una ú otra fase, deján-

donos ver todo su disco iluminado en el primer caso, al que damos el nombre de *plenilunio* ó *luna llena*, y estando oscurecido en el segundo, á que llamamos *novilunio* ó *luna nueva*, siendo *cuarto creciente* cuando del novilunio pasa al plenilunio, y *cuarto menguante* cuando va de este á aquel.

El volúmen de la Luna es 49 veces menor que el de la Tierra, y su distancia á esta varía entre 73.000 y 64.000 leguas, segun el punto en que se encuentra de la eléptica órbita que recorre alrededor de su planeta.

Sus movimientos de traslacion y rotacion los verifica en el mismo tiempo de 27 dias 7 horas y 43 minutos, por lo cual nos presenta siempre el mismo lado, como se cree que sucede tambien á todos los satélites de los demás planetas.

Han llegado á notarse en su superficie mares, montañas y continentes, y aun se asegura que se han podido observar volcanes, de los que se hacia provenir unas masas parecidas á piedras, llamadas *aerolitos*, que suelen caer á la superficie de la Tierra, y cuyo origen no ha podido todavía explicarse satisfactoriamente.

RAFAEL SANTISTEBAN Y MAHY.

SONETO.

LOS PADRES Y LOS HIJOS.

Un enjambre de pájaros metidos en jaula de metal guardó un cabrero, y á cuidarlos voló desde el otero la pareja de padres afligidos.

—«Si aquí, dijo el pastor, vienen unidos sus hijos á cuidar con tanto esmero, ver cómo cuidan á sus padres quiero los hijos por amor y agradecidos.»—

Deja entre redes la pareja envuelta; la puerta abre el pastor del duro alambre, cierra á los padres y á los hijos suelta.

Huyó de los hijuelos el enjambre, y como en vano se esperó su vuelta, mató á los padres el dolor y el hambre.

R. DE CAMPOAMOR.



SAN VICENTE DE PAUL.

Una de las figuras mas colosales que descuellan en la historia de la humanidad, ilustrando la crónica eclesiástica de los pasados siglos, es sin duda alguna la del virtuoso varon, modelo de humildad y sencillez, fuente de ca-

ridad inagotable, y protector de los menesterosos, de quien nos proponemos delinear á grandes rasgos los signos mas característicos, mencionando, si quiera sea ligeramente, los notables hechos á que fué unido su nombre.

Hijo de unos honrados campesinos, llamados Juan de Paul y Beltrana Moras, nació San Vicente en Pony, lugar próximo á Burdeos, el 24 de Abril de 1576. Compartia con otros cinco hermanos la escasa hacienda de sus padres que, sobrado caritativos, hacian de ella partícipes á cuantos pobres demandaban socorro á sus puertas. Los primeros años de su vida pasólos Vicente apacentando ganados, con lo cual procurábase el preciso sustento sin ser gravoso á su familia, partiendo con los desvalidos el pan cotidiano, al par que les auxiliaba con los pequeños ahorros que lograba reunir á costa de afanosa economía. A los doce años comulgó por vez primera, y viendo sus padres las felices disposiciones del mancebo para el estudio, resolvieron confiar su educacion á los franciscanos de Acqs, mediante una suma anual equivalente á doce duros de nuestra moneda, que para unos labradores tan escasos de recursos, constituia un sacrificio enorme. Dedicóse al estudio con tal aprovechamiento, que á los cuatro años nada tenían que enseñarle sus maestros, viéndose en aptitud de sostenerse á sí propio como preceptor de los niños de un abogado compatriota suyo. Cinco años ejerció este difícil ministerio; al cabo de los cuales, y bajo el auspicio de aquel honrado jurisperito, abrazó el sacerdocio, recibiendo en 19 de Setiembre de 1596 las órdenes menores, y pasando á continuar sus estudios á la Universidad de Tolosa, no sin costar á su buen padre el esfuerzo de vender una yunta de bueyes para sufragar los gastos de residencia, si bien con la satisfaccion de ver emprender á su hijo la gloriosa carrera que á fuerza de inauditos afanes

habia de conducirle á la inmortalidad mas sublime.

Desde Tolosa pasó nuestro escolar á la ya entonces afamada Universidad de Zaragoza, en cuyas áulas terminó su carrera teológica, recibiendo el subdiaconato en 27 de Febrero de 1598, ordenándose de diácono el 29 de Diciembre, y de presbítero en 23 de Setiembre de 1600, sin haberse logrado averiguar jamás en qué oculto templo celebró la primera misa, vedándole su modestia mas espectadores ni asistentes que un sacerdote y otro ministro del culto.

Muerto á la sazón el padre, no quiso este santo varón aumentar los apuros de su familia aceptando la corta herencia que le tocaba, y renunciando á ella, se instaló en un colegio á las inmediaciones de Tolosa, y luego trasladose á la misma ciudad, en donde vivió de las retribuciones que el profesorado le proporcionaba.

Pasó tranquilamente algun tiempo consagrado á ejercer su doble mision sacerdotal é instructora, hasta que, por su adversa fortuna, embarcándose un dia en Narbona, adonde habia ido para recojer la herencia que una noble señora entusiasta de sus virtudes le dejaba, apresado el buque en que navegaba por un corsario berberisco, fué llevado cautivo y pobre á Tunez, donde sufrió todo género de insultos y penalidades, sirviendo á diferentes amos que rivalizaban en mortificarle para hacer mas sensible su esclavitud. Tuvo esta término el 28 de Junio de 1607, en que, á fuerza de predicaciones y saludables consejos, llenos de sana doctrina, consiguió rescatar de la heregía y tornar al gremio de la Iglesia católica á un renegado de Niza, convirtiendo á

la verdadera fé á una de las mujeres de éste, que era turca, y huyendo ambos á bordo de un ligero esquife, arribaron á Aguas-Muertas, y despues á Aviñon, siendo allí recibidos por el vicelegado pontificio, que los condujo posteriormente á Roma.

Cuando el virtuoso sacerdote regresó á su pátria, encaminóse á París, fijando su residencia en el arrabal de San German, muy diferente entónces de lo que hoy aparece. A la generosa proteccion de Mr. de Fresne, secretario de Margarita de Valois, primera esposa de Enrique IV, debió el empleo de limosnero con que esta reina quiso agradecerle, así como la abadía de San Leonardo del Campo, que el rey le confirió mediante la intercesion de la princesa y del duque de Epernon, que le tenia en grande estima. Aquí empieza su especial proteccion á los pobres enfermos, dedicándose á cuidar de su asistencia con tan caritativo celo y con desinterés tan grande, que para consagrarse mas enteramente á ser el amparo de los afligidos y hacer vida mas retirada y contemplativa, trasladó su vivienda á la casa de los padres del Oratorio, trocando dos años mas tarde su cargo de limosnero y la abadía por el modesto curato de Clichy, acudiendo sin cesar al socorro del infortunio y reedificando la iglesia parroquial, ó mas bien, construyendo un nuevo santuario con el fruto de los donativos ó limosnas que su afán pudo conseguir de las personas pudientes.

Apenas hubo dotado á aquellos campesinos de los inapreciables dones que su inagotable bondad difundia por todas partes, viendo fructificar los ricos gérmenes que la santa palabra de sus predicaciones sembraba en el ánimo de

sus feligreses, dejó el curato para encargarse de la educacion y guarda de los hijos del general Gondi, conde de Joigny.

No se avenia, empero, con la humildad del santo la fastuosa grandeza que en los palacios se disfruta, y aun cuando su modestia le inclinaba á usar todo el retrainimiento compatible con la gratitud, como años antes el alcázar de la reina de Navarra, abandonó tambien la mansion de los condes de Joigny por el modesto curato de Chatillon, que á todo trance necesitaba un pastor solícito de su custodia, por hallarse huérfano de cura en el largo período de cuarenta años.

Fueron precisas toda la resignacion y mansedumbre que en el alma del digno sacerdote tenian su asiento, los edificantes ejemplos de su vida ejemplar, el ardiente celo por la causa divina y la fé inquebrantable que le animaban para conseguir el portentoso cambio en las costumbres de una sociedad tan corrompida como aquella, y lograr atraer al estrecho camino de la virtud las ideas de unas gentes de todo punto extraviadas por las reformas calvinistas, tan generalizadas en aquella época. Y sin embargo, tales eran las dotes que el digno eclesiástico poseia, tales la perseverancia y la elocuencia de sus exhortaciones, que al fin logró, no solo apartarles de la peligrosa senda en que sus feligreses marchaban descarriados, sino infundir en ellos y hacerles practicar las virtudes de que carecian. Allí fué donde tuvo su cuna la grande y salvadora institucion benéfica, hoy tan diseminada por todo el ámbito del mundo: en aquel pueblo humilde instituyó la cristiana asociacion de *Siervas de los po-*

bres, verdadera práctica del precepto evangélico que recomienda la fraternidad humana, congregándose, bajo el santo nombre de la caridad, todos los cofrades de aquella hermandad benéfica el día de la fiesta de la Purísima Concepción de la Virgen, cuyos estatutos, redactados por el mismo fundador, obtuvieron la aprobación del arzobispo de Lyon el 24 de Noviembre de 1617.

Fundó también un colegio de misioneros, que fueron á predicar la palabra divina de pueblo en pueblo para sacar triunfante al catolicismo en su lucha incesante contra la herejía, estableciéndose primero en el priorato de *Bons enfants*, y más tarde en San Lázaro.

A estas fundaciones siguió la de las *Hijas de la Caridad*, cuya misión determinan sus mismas palabras: «Tienen por monasterios las casas de los enfermos; por celda una pobre estancia; por capilla la iglesia de la parroquia; por claustro las calles de la ciudad; por clausura la obediencia; por reja el temor de Dios, y por velo la santa modestia.»

El 27 de Setiembre de 1660, al amanecer, entregó su alma á Dios este varón justo.

Expidióse el decreto de su beatificación, previas las informaciones competentes, el 21 de Agosto de 1729, en el pontificado de Benedicto XIII, y Clemente XII decretó la bula de canonización en 16 de Junio de 1737.

CREO EN DIOS.

(PARÁFRASIS.)

*Creo en Dios, clemente Padre,
 Todopoderoso, inmenso,
 Criador del cielo, su gloria,
 Y de la tierra, su templo.
 Y en Jesucristo á quien ama,
 Su único Hijo, el excelso,
 Nuestro Señor, de nosotros
 Redentor y al par Maestro.
 En Él, que fué concebido
 Con inefable misterio
 Por el Espíritu Santo;
 Y que, como el rayo etéreo
 De la luz pasa el cristal
 Sin mancharlo ni romperlo,
 Nació de Santa María
 Virgen pura y Madre á un tiempo.
 En Él, que obediente y manso
 Padeció, limpio Cordero;
 Bajo del poder de Poncio
 Pilato, injusto y protervo.
 En Él, que divino Mártir,
 Fué crucificado, muerto,
 Y sepultado; y glorioso
 La inmensidad trasponiendo,
 Descendió en nube invisible
 A los pasmados infiernos;
 Y al ser el tercero día
 De su holocausto sangriento,
 Cual sol que inflama los aires
 Con rutilantes destellos,
 Resucitó victorioso*

*De entre los muertos saliendo.
 Subió á los cielos en triunfo,
 Y allí está sentado en ellos
 A la diestra de Dios Padre
 Todopoderoso, eterno.
 Y desde allí ha de venir
 A juzgar, cual Juez Supremo,
 A los buenos y á los malos,
 A los vivos y á los muertos.
 Creo también, firmemente,
 Con fe que brota en mi pecho,
 En el Espíritu Santo,
 Paraclito dulce y tierno,
 Y en la Santa Madre Iglesia
 Católica, faro bello
 Que en los mares de la vida
 Señala el único puerto.
 En la comunión arcana
 Que junta en místico cuerpo,
 Triunfos, penas y combates
 De los Santos y los buenos.
 El perdón de los pecados,
 La resurrección, que espero,
 De la carne, cuando á juicio
 Llame Dios al universo.
 Y la vida perdurable
 Donde es nombre vano el tiempo;
 Y, jurándolo, Amen digo,
 Y de hinojos me prosterno.*

ANTONIO ARNAO.



LOS PERROS.

I.

Habia en un pueblo, cuyo nombre no recuerdo, un hombre que era el rigor de las desdichas el infeliz.

Él era pobre, mas pobre que una rata, como que no poseía nada, nada mas que lo que le daban las personas caritativas.

Sobre ser pobre, era ciego y torpe, de modo que el hombre, cuando iba de un lado á otro daba mil tropezones, y una vez se caía en un pantano, y otra se rompía las narices contra una tapia, y otra se dejaba un dedo de un pié en un guijarro... en fin, que el hombre estaba siempre con el alma en un hilo, porque todos los dias le habian de suceder cuatro ó seis percances sumamente desagradables.

Y luego, como los chicos sin educacion son muy malos, y de estos chicos suele haber no pocos en los pueblos donde el maestro de escuela está mal

pagado, ó es suprimido, por inútil, en cuanto llega al poder algun alcalde arrimado á la cola; y además, tampoco tienen los padres mucho empeño en mandar á la escuela los chicos, porque como ellos no aprendieron á leer, creen que para vivir en el mundo no se necesita saber cosa de letras, y es verdad que maldita la falta que hace saber nada para ser un borriquito; los chicos del pueblo aquel siempre estaban inventando diabluras para hacer rabiar al tio Lila, que asi le llamaban por mal nombre, y una vez le ponian una cuerda para que se cayera, y otra le tiraban lodo, ó le quitaban el sombrero, y ¡qué sombrero! un pedazo de fieltro que ya ni forma tenia, y, en fin, hacian con él las mayores heregías, divirtiéndose grandemente en oírle maldecir su suerte y sacudir palos al aire, en cuyo caso ya procuraban ellos ponerse á

buena distancia, porque aquel á quien le hubiera alcanzado un garrotazo de los que el ciego daba en vano, hubiese tenido la cabeza rota para mucho tiempo.

El pobre tío Lila pasaba una vida bien triste.

No tenía mujer, ni hijos, ni el más lejano pariente siquiera; no servía para nada, no podía ganar nada más que mendigando, no tenía ningún placer, ningún amigo... estaba, en fin, completamente solo en el mundo, completamente abandonado; los chicos le maltrataban, los perros le ladraban, las muchachas, cuando le encontraban, miraban á otro lado, porque el ciego estaba verdaderamente asqueroso, y, en fin, hasta tenía la desgracia de vivir en un pueblo en cuyas inmediaciones no había ningún establecimiento de beneficencia.

—¿Qué hago yo en el mundo? se preguntaba.—Nada, se respondía; estorbar á todos y á mí mismo. La muerte es preferible á esta triste vida.

Sentado estaba en una piedra cerca del cementerio del pueblo, cuando así pensaba en su menguada suerte, y de pronto sintió cierta humedad en la mano.

—¿Qué es esto?... dijo, y alargando la mano, tocó la cabeza de un perro que se había acercado al ciego y había comenzado á lamerle la mano.

Aquel noble animal era también muy desgraciado, y había comprendido que el ciego era un desgraciado como él.

El ciego se conmovió profundamente al sentir las caricias del perro, el primero y el único amigo que tenía en el mundo; y desde aquel momento fueron inseparables compañeros el ciego y el perro. Juntos pasaban los días de

hambre, juntos comían las sobras que en alguna casa les daban, y ya no volvieron los chicos á burlarse del ciego, ni á tirarle barro, ni á ponerle obstáculos en medio del camino para que tropezara y cayera, porque el perro les enseñó los dientes, y hubiera hecho pasar un mal rato á quien hubiese querido hacer daño á su amigo.

Aquel perro tenía su historia.

Pertenecía á un matrimonio acomodado que tenía dos niñas preciosas, pero sumamente caprichosas, soberbias é intransigentes.

El perro hacía un gran servicio cuidando la casa, pero era muy feo, y las niñas se asustaban de verle. Si se acercaba á acariciarlas, las niñas huían diciendo que el perro las iba á morder ó que las había mordido, y tanto y tanto calumniaron al perro, que al fin el padre, un padrazo débil y manejable, echó de casa al perro; pero éste, fiel y leal, volvió á casa, y otra vez volvieron las niñas á pedir su expulsión, y el perro fué echado otra vez á palos. Aún volvió el animal, pero esta vez su amo le disparó la escopeta... El perro, herido, se fué y no volvió más.

Vagaba por los campos, cuando encontró al ciego, y se hizo su amigo y compañero; y cuando el ciego murió, el perro se sentó delante de la fosa, como esperando que su amigo saliera.

Súpose en el pueblo el caso, y entonces quiso el primitivo dueño del perro traerle otra vez á casa, á despecho de su mujer y sus hijas; fué al cementerio, llamóle, pero el perro no se movió.

Por sorpresa logró sujetarle, y con collar y cadena llevóle á su casa, pero no tardó mucho el perro en romper el collar y volver al cementerio.

No queria estar el animal donde se le habia tratado con ingratitud, y preferia morir al lado de la fosa donde estaban los inanimados restos de quien habia agradecido sus caricias y habia comprendido su bondad y su ternura. Y allí murió de pena el pobre animal.



II.

Tenia el padre de las dos niñas por enemigo á un mal hombre, que le tenia envidia porque aquel habia logrado hacer fortuna, y él, que era un holgazán de siete suelas, no habia conseguido vivir mas que en una medianía menos que mediana.

La envidia es la peor de todas las pasiones, es la que mas directamente lleva á un hombre al crimen, la que mas profundamente emponzoña su existencia; es, en fin, la pasión perversa y traidora de que debeis huir siempre, hijos míos, porque os podría hacer,

os haria seguramente muy desgraciados.

Aquel hombre malo, lleno de deudas, perseguido por los acreedores, obligado á huir de su pueblo, donde era ya poco estimado, resolvió realizar un proyecto de venganza que venia acariciando hacia veinte años, desde que tenia aquel odio profundo á su vecino, el padre de las dos niñas de mi cuento.

Siempre habia fingido afecto hácia el mismo á quien tanto odiaba, y este tenia en él completa confianza, tanto,

que muchas veces le dejaba llevar á paseo á sus hijas.

Un dia que por estar enferma una de estas, la madre no podia salir con la otra, que la pobre tenia ya muchas ganas de dar una vuelta por el campo, despues de ocho dias de estar metidita en casa, se ofreció el falso amigo á acompañarla.

Consintió el padre, y la niña se puso tan contenta.

El malvado veia llegar el momento de realizar su odiosa venganza.

Llevó á la niña fuera del pueblo con direccion al monte, y al llegar junto á un arroyo bastante profundo, el malvado empujó á la inocente criatura, que cayó en el arroyo.

En el momento de realizar aquella infame venganza, conoció el miserable la enormidad de su crimen; pero no tuvo el valor de hacer el bien despues de haberlo tenido para hacer el mal, y horrorizado de su obra y de sí mismo, huyó por el monte.

La pobre niña cayó y pudo ponerse en pié, pero era aquel un arroyo pantanoso, y queria andar y no podia; cada vez se hundia mas, y ya el agua le cubria hasta el cuello. Lloraba y gritaba, y nadie venia en su socorro.

De pronto saltó al arroyo, bajando del monte, un enorme perro de Terranova, y en un instante llegó adonde estaba la niña, más muerta que viva, se agachó, pasando por entre las piernas de la aterrorizada criatura, y levantándose luego, sacóla del arroyo y la llevó por el camino adelante con direccion al pueblo.

El padre, que ya estaba inquieto por la tardanza del falso amigo que habia llevado á paseo á su hija, vió venir al perro con la niña encima.

La desdichada, que tanto susto habia pasado, no pudo contar hasta el dia siguiente cómo aquel hombre la habia empujado sobre el arroyo.

El perro, como si toda su vida hubiera estado en la casa, se quedó allí, y allí estuvo dos ó tres meses querido y festejado por toda la familia.

Un dia pasó por la plaza del pueblo donde vivia la familia de las dos niñas un hombre á caballo, que al llegar frente á la casa, dió una voz llamando á otro ginete que le seguia.

El perro, que estaba en el portal, levantó la cabeza, dió un salto y se abalanzó con grandes extremos de alegría al caballo del primero de los dos hombres. Era su amo; el perro se habia perdido en el monte hacia algunos meses, pero volvia á hallar á su dueño y ya no queria separarse de él.

Fué en vano que las niñas le llamaran y le acariciaran. El perro siguió á su amo, que era un vecino de otro pueblo que estaba á cuatro ó cinco leguas.

Desconsoladas quedaron las niñas sin su generoso amigo, y tal tristeza les dió la separacion, que el padre hubo de ir á buscar al pueblo cercano al dueño del perro con objeto de hacerle proposiciones para que se lo vendiera.

Llevó consigo las niñas, creyendo que mientras él convencia al amo, ellas podrian convencer al perro con sus halagos y ternezas.

Pero si lo primero fué fácil, lo segundo fué imposible.

El amo se resignó á entregar el perro, pero el perro no quiso seguir á las niñas. El amo le despidió amenazándole, pero el perro se echaba en el suelo y le lamía los piés...

Hubieron, pues, de volverse el padre y las hijas sin el perro.



III.

Desde entonces, las dos niñas quieren mucho á los animalitos buenos é inofensivos, y lloran su ingratitud para con aquel pobre perro expulsado por ellas de la casa, y que tan amigo se hizo del ciego miserable, en quien halló amor y gratitud.

Los animalitos han sido criados por Dios, y entre ellos los hay que dan á

los hombres no pocos ejemplos de fidelidad, valor, constancia y abnegacion.

Hacer bien á los animales demuestra buen corazon, y yo desconfio mucho de la persona que se complace en atormentar á un animal que ningun daño le ha hecho. Quien tal hace, es malvado y es cobarde.

C. FRONTAURA.

HISTORIA DE UNA AGUJA

CONTADA POR ELLA MISMA.

(Continuacion.)

III.

DIALOGO EN UN NECESER.

—¿Qué tal le parece á V. su nueva suerte?... me preguntó la señora Tijera en cuanto nos vimos solas.

—Hija, le contesté, aun no puedo juzgar con pleno conocimiento; no he tenido tiempo todavía.

Y miré por primera vez á mi vecina. Era una tijera ya de cierta edad; algu-

nas manchas de moho atañaban su brillo; una de sus extremidades la tenia rota... y habia en todo el aspecto de aquella tijera cierto aire atrevido y provocativo. En su juventud es seguro que habria cortado un pelo en el aire.

—¿Está V. satisfecha de la manera que ha tenido de tratarla ese niño? dijo, continuando sus preguntas.

—No, señora; ¿cómo he de estar contenta?

—Pues ya puede V. irse acostumbrando, porque eso es aquí lo que sucede todos los días. Ya ve V., que llevando yo aquí dos años ya, puedo hablar por experiencia. La señorita Juanita tuvo un día el capricho de cortar el pelo á Pepito, y cogiéndome para que la ayudase, hizo por medio de sus violentos é inesperados movimientos que yo pinchase en una oreja á Pepito; pero cuando se fué á ver quién tenía la culpa, es claro, para mí fueron todas las cargas, para la pícara tijera, lo mismo que cuando, sirviéndose de mí para abrir una caja cuyo contenido se quería admirar pronto, se me rompió una de las puntas... también se me echó la culpa... esta es la justicia que hay en esta casa.

—¿Es cierto todo eso? pregunté yo grandemente alarmada.

—Tan cierto como que el muñeco de Pepito la ha llamado á V. ahora poco pícara é infame porque por imprudencia de ese diablo de muchacho picó V. sin querer, el brazo del mamoncillo del hermanito.

—¡Cómo! exclamé; ¿es esa la suerte que me espera, después de tantos trabajos como he pasado para llegar á ser una aguja de provecho? ¡Más me hubiera valido no salir nunca de la oscuridad de la mina!

—No se apure V. de esa manera, dijo á mi lado una dulcísima voz.

Y ví un bonito dedal, de un metal desconocido, pero tan brillante, tan lucido, tan airoso, que desde luego comprendí que aquel era un dedal de cierta posición.

—¡Cómo! continuó el Dedal; ¿desea usted la inacción, la oscuridad, la ociosidad?... Permita V., señora Aguja, que me asombre; la inteligencia y la

industria del hombre se han empleado en pulir y perfeccionar á V. para que sea un instrumento de trabajo y un elemento de honradez y bienestar en la familia. No debe V., pues, quejarse de su suerte.

—¿Qué tiene que ver conmigo la inteligencia del hombre? repliqué, un poco asombrada de un lenguaje que por primera vez llegaba á mis oídos.

—No sé si conseguiré explicarme con toda claridad y precisión, contestó el Dedal, pero lo procuraré á lo menos. El hombre, señorita Aguja, ha recibido de Dios una facultad llamada la razón; esta poderosa facultad le facilita dominar el mundo, sujetar y domesticar á los animales, mucho más fuertes que él, y lograr que la ciega materia sirva dócilmente al cumplimiento de los designios del hombre inteligente y trabajador. Vió el hombre el hierro, y halló en él una materia preciosa que le había de servir grandemente. ¡Qué trabajo tan penoso y tan estéril para el hombre si tuviera que labrar la tierra y abrir los surcos y hacer todas las operaciones de la siembra sin más instrumentos que sus manos! ¡Y cuánto tardaría en recojer la cosecha si tuviera que ir arrancando con la mano espiga por espiga! El hombre pensó, pues, acertadamente, que su debilidad podría hacer prodigios con la ayuda de la fuerza superior del hierro. Forjó la reja del arado y logró hacer los surcos en la tierra; forjó la hoz, y las cosechas dóciles se amontonaron en sus graneros; aguzó el hierro de la hacha, y los árboles grandes, cuya elevada cima y enorme masa de ramas resistían á todos los esfuerzos humanos, cayeron como plumas en el suelo. Y como por encanto se hicieron las casas, los bu-

ques, los utensilios de toda clase.

—Y todo esto, interrumpió la Tijera, con mas vanidad que oportunidad y buen sentido, se ha hecho gracias al robusto metal que forma nuestra sustancia; tal es la superioridad del hierro, nuestro deudo, sobre los demás metales; porque, ¿quién se atrevería á labrar con un arado de plata, á segar con una hoz de oro, y blanquear con una llana de plata esmaltada? ¡Bonito trabajo se haria con esos instrumentos!

—¿Quién dice lo contrario? continuó jovialmente el Dedal; sin embargo, todos tenemos nuestro lugar y nuestra mision en el mundo, porque todos tenemos una tarea útil á la humanidad, todos, el zinc, el plomo, el cobre, el nickel...

—Basta, basta, exclamé asombrada de esta nomenclatura; no sabia yo que tenia tantos hermanos...

—El manganeso, continuó el Dedal, el cobalto, el sódio, el potasio...

—¿Qué nombres tan raros!

—Serán nombres raros, observó filosóficamente el Dedal con su argentina y dulce voz; pero el nombre no es lo que importa; lo que importa es ser útil y trabajar de concierto con el hombre en la obra de la civilizacion. Si le asusta á V. la sola enumeracion de esos metales con sus nombres extravagantes, la de los mil y mil usos á que se pueden aplicar la tendria á V. aturrida de aquí á mañana. Cada dia hace el hombre algun nuevo descubrimiento, cada dia aprende á sacar mejor partido de los tesoros arrancados á las entrañas de la tierra. Labrar, segar, regar, plantar, ahondar, desmontar, terraplenar, afilar, coser...

—Etcétera, dijo la Tijera, acostumbrada á coftar por lo sano.

—Con esta interrupcion terminó una conferencia tan agradable, tan nueva, tan útil é instructiva para mí.

IV.

LAS PRUEBAS DE UNA MADRE.

—¡Coser!... ¡No puedo sufrir la costura! ¿Para qué tengo yo necesidad de aprender á coser?... exclamó Juanita con muy mal humor, sacándome del neceser.

—¡Leer!... ¡Leer es una cosa que me carga!... ¿Para qué necesito yo aprender á leer?... dijo el señor don Pepito, que tenia delante un libro abierto, y no lo miraba siquiera.

Durante este duo de perezoso, la mamá sentada delante de un pupitre, examinaba con visible preocupacion las cuentas de fin de mes. «1 y 3, hacen 4, y 4 hacen 8, y 5 son 13 y con 6 suman 19...

—Mamá, dijo Juanita, yendo á distraer de las cuentas á su madre, ¿quieres?...

—Sí, hija mia, contestó la mamá sin levantar los ojos, y continuó murmurando: 13 y 6 son 19 y 7 26,—26 libras á 7 cuartos... Debe haber aquí alguna equivocacion.

—Mamá, mamá, repitió Juanita, volviendo á la carga, y presentando la labor á su madre, ¿quieres prepararme este dobladillo?...

—Déjame, niña, ¿no ves que ahora estoy ocupada?

Y volvió á continuar sus cálculos, mientras Juanita enojada y con un hocico de media vara, volvía lentamente á su silla.

—Mamá, fué á decir á su vez Pepito poniendo el libro sobre las rodillas de la mamá, ya sé la leccion.

—Espera un poco, hijo mio, que ahora acabo.

Pepito esperó de buen grado, y para pasar el tiempo le ocurrió cortar una de las plumas que habia en el tintero, con gran peligro de la pluma y de sus propios dedos.

—Pepito, deja ese corta plumas, exclamó la madre; no seas malo... Vaya, vaya, vén á dar la leccion, añadió dejando la nota del gasto y cogiendo el libro lleno de *viñetas*, que el libro no tenia cuando se compró en la librería.

Pepito se plantó delante de su madre con un aire de suficiencia, que sin duda queria decir:

—Pregunta, pregunta, ya verás como sé la leccion.

—A ver, Pepito, dijo la mamá: ¿cómo dice aquí?

Y señaló con la punta del lápiz la palabra VINO, impresa á la cabeza de la página en letras gordas.

—AGUA, respondió el chico con la mayor serenidad. ¡Digo, si seria desca-
rado el angelito!

—Vaya, contestó la madre, no sabes la leccion: anda á estudiarla.

En aquel momento la criada trajo una carta que pedia respuesta.

Mientras que la mamá se ocupaba en darla, yo tambien estaba ocupada, pero contra mi voluntad. Daba mis primeros pasos en una carrera que no estaba exenta de penalidades: colaboraba en la costura de un dobladillo; pero ¡qué dobladillo! No podeis figuraros de qué fea obra me hizo cómplice aquella chiquilla empecatada. ¡Qué altos y bajos, qué zic zac, qué desigualdades! Aquí, entre puntada y puntada, podian correr caballos, allí las puntadas estaban unas encima de otras... Os digo en verdad que jamás se vió un dobladillo peor

hecho ni una aguja más maltratada.

La mamá, despues de haber contestado la carta, se volvió á su hija.

—A ver lo que has hecho, le dijo.

Juanita le llevó su trabajo con una humildad y una lentitud, que no creais que era modestia, eso no.

—¡Jesús! exclamó la madre: ¿no te dá vergüenza presentar esta costura?..

—Mamá, es que la aguja es mala.

Yo no soy mala ni me gusta hacer daño; pero creo que en aquel momento, si hubiese podido, le habria dado un pinchazo de los buenos á aquella embustera.

La llegada de la lavandera interrumpió la escena. La madre de aquellos niños tenia que atender á todo en la casa. Me daba lástima la pobre mujer, pálida y triste, y que debia sufrir muchos pesares. Tomó la cuenta á la lavandera, la pagó, y cuando ya habia concluido esta ocupacion, oyéronse gritos en el piso principal.

—¡Es el niño el que grita! exclamó la mamá levantándose; y miró á Juanita, pensando sin duda enviarla arriba á ver qué era lo que ocurría; pero Juanita, que no tenia celo ninguno, ni comprendia las miradas de su madre, no se movió, y la mamá fué la que subió al otro piso donde estaban las alcobas de la familia.

(Se continuará.)

ENIGMA.

Soy bella, noble, y tambien
tengo riqueza sin tasa,
y con no haber hombre á quien
no le parezca yo bien,
nadie me quiere en su casa.

V. JOAQUIN BASTÚS.

LO QUE PUEDE UNA MUJER.

(CONTINUACION.)

Rosita era, en su corta edad, maestra en el arte del disimulo y la mentira. Pocas veces ó ninguna aparecia la verdad en sus palabras; pero sabia hacer tomar por verdad la mentira.

Habilidad es esta que tienen en el mundo muchos séres á quienes no se ha dirigido bien desde la infancia, y con la cual consiguen engañar á los hombres de bien; pero al fin se les descubre la maña, y entonces inspiran el mas profundo desprecio.

Las cualidades malas, hijos míos, no deben tenerse, aunque parezca que proporcionan ventajas á quien las posee; las apariencias engañan, y Dios sabe si el embustero, si el hipócrita, si el que se precia de engañar á los demás, es, con la apariencia de la felicidad y la fortuna, mas desgraciado que el infeliz á quien engaña ó explota.

Los padres de Rosita cayeron al fin en la cuenta de que la niña necesitaba otra correccion y otra educacion de las que ellos le podian dar, dados su carácter rebelde y el descuido con que la habian dejado hacer siempre su santísima voluntad.

¿Qué haremos? ¿Qué no haremos?... Maduramente pensaron en esto los papás, y al fin, con el ejemplo de Fulanita, que habia sido educada en Inglaterra, y de Menganita, que lo habia sido en Bayona, y eran de las mas distinguidas señoritas de Madrid, resolvieron que Rosita se educase en un colegio extranjero, funesto error que habia de producir resultados contrarios á los que se proponian los padres aman-

tísimos de la niña de mi novela, ó mejor dicho, de mi historia.

Es error bastante generalizado en la alta sociedad, creer que los niños se educan mejor en colegios de fuera de su pátria, lejos del amor y el cuidado de sus madres. Si se trata de esa educacion superficial que no es la que mas sirve para hacer buenos ciudadanos, buenos padres y buenas madres de familia, no negaré yo que en el extranjero nos lleven ventaja. El padre que desee que su hija sepa bailar con todas las reglas del arte, y chapurrear una cancion francesa, debe buscar tan notables ventajas en el extranjero; pero quien quiera dar á sus hijos una educacion sólida, déles ante todo buen ejemplo, buenos maestros compatriotas suyos, y no los separe de su hogar y del cariño de la familia.

Resuelto ya que Rosita se educaria en un colegio francés, eligióse uno muy acreditado de Burdeos, y se puso la noticia en conocimiento de la niña, que en vez de afligirse ante la perspectiva de separarse de sus padres, que tanto la querian, recibió la nueva con júbilo, como que iba á variar completamente de vida, y era para ella, en su carácter veleidoso, una novedad la entrada en el colegio, donde habria otras niñas á las que lograria dominar.

El corazon maternal de Lucía, la madre de Rosita, sintió esta indiferencia de su hija, esta alegría cuando iba á separarse de la que tanto la queria y tanto habia sufrido por ella; pero las madres nunca creen que sus hijos son

incorregibles, y atribuyó á los pocos años aquella indiferencia que no era otra cosa sino repugnante ingratitude.

Don Antonio y Lucía quisieron ser ellos mismos los que llevarán á su hija al colegio, y dado aviso á la directora, para que se preparase á recibir una nueva educanda, emprendieron el viaje con la niña, despues de haberle dispuesto á esta ropas y todo lo preciso, y aun mas de lo preciso para una colegiala hija de padres cariñosos y bien acomodados.

Rosita iba encantada por el camino, viendo cosas completamente nuevas para ella, y haciendo ya su composicion de lugar sobre lo que sería el colegio, y lo que ella habia de hacer rabiarse á la francesa directora, y muy persuadida de que ninguna otra niña podría competir con ella en lujo, porque á docenas llevaba los ricos vestidos, las botitas de todas clases, y además su cubierto era de oro primorosamente cincelado, y de oro era su vaso, con su nombre en letras maravillosamente esmaltadas, delicado presente de su madre para que siempre que fuese á beber la niña se acordase de quien mas la queria en el mundo y en ella cifraba todas las esperanzas. Pues no digo nada de los neceseres, variedad de hilos, sedas, algodón de marcar, de bordar, dedales primorosos, almohadillas, etcétera, etcétera, que llevaba la niña; con lo que gastó don Antonio en estas preciosidades, hubiera podido darse educacion completa á dos ó tres niños de familia modesta.

Pero no era extraño este lujo, ni lo era este afán de que su hija tuviera todo lo mejor y lo mas abundante; á los padres todo les parece poco para sus hijos, y no seré yo quien por ello les vaya á

censurar, pues en nada mas honroso puede emplear un padre su dinero.

Llegó á Burdeos el matrimonio con su hija, y el padre pasó al colegio á arreglar todo lo necesario y á dar sus instrucciones á la directora para la entrada de Rosita.

No se la habia de obligar á estudiar mucho, porque la niña no estaba acostumbrada; no se la habia de reprender porque la niña era muy sensible; no se la habia de privar como castigo, de la comida, porque la niña era muy delicadita; y en fin, habia que tratarla con tal mimo y tal dulzura, que la niña no echase de menos en nada los cuidados de su casa.

La directora prometió que se haria todo como lo deseaban sus padres, y que ni estos ni la educanda tendrian motivo de queja.

Cuatro dias antes de entrar en el colegio llevaron á la niña á que visitase á su nueva maestra y á sus compañeras de estudio, y al efecto la vistieron elegante y ricamente; su visita produjo gran curiosidad entre las demás niñas que, aunque de buenas casas, no tenian aquel lujo tan extraordinario. Festejaronla y agasajaronla en extremo, pero ella separaba á las que la querian besar y abrazar, á pretexto de que se le iba á descomponer el tocado, y estuvo, en fin, lo mas tonta y fastidiosa que os podeis imaginar, lectores benévolos, tanto, que las niñas al ver su *bouderie*,—no se olvide que estamos en un colegio francés,—empezaron á separarse de ella y á murmurar, considerándola una niña mal criada, nécia, aunque algunas, mas indulgentes, atribuian aquella actitud de su nueva compañera al encogimiento natural de quien se encuentra por primera vez en-

tre niñas desconocidas y que hablan otro idioma.

De todos modos, no le fué muy favorable la primera impresion que hizo su presencia entre las que iban á ser sus amigas y condiscípulas.

Cuatro dias despues hizo su entrada definitiva en la pension nuestra insigne Rosita, con todo su ajuar de vestidos ricos, objetos de costura preciosos, libros magníficamente encuadernados, y juguetes de los mas bonitos que se encontraron en la gran ciudad.

No hay para qué describir el desconuelo de la madre, que no acertaba á separarse de su hija, porque todos mis lectores lo comprenden perfectamente; pero lo que sí hay que decir es que Rosita apenas vertió alguna que otra embustera lagrimita en aquel triste momento, y que la conmovieron muy poco los besos apasionados de su madre y de su padrazo, que tambien se apresuraba á limpiarse las lágrimas, como si no quisiera que se viera en él aquella señal de debilidad; otro error, pues las lágrimas suelen ser, más que indicio de debilidad, prueba de sentimientos buenos y de corazon tierno y honrado, y nadie debe ocultar su llanto, cuando el llanto no es consecuencia de un acto vergonzoso, sino de un noble y generoso sentimiento.

Soldados avezados á la guerra, acostumbrados á ver de cerca la muerte, y arrostrándola todos los dias, lloran al ver herido á un compañero, al ver muerto su caballo, y nadie dirá que lloran por débiles, sino que lloran por buenos. Un padre, al separarse de su hija, aunque sea en ocasion de dejarla donde ha de completar su educacion y donde podrá verla cuando quiera, no debe avergonzarse de llorar.

La niña quedó en el colegio.

Todas las demás quisieron ver el ajuar que traia su compañera, y esta no tuvo inconveniente en enseñarles una por una todas las maravillas que debia al cariño de sus padres; pero no se las enseñaba por complacerlas, sino por nécia vanidad; mas en cuanto una de las niñas alargaba la mano para coger algun objeto con la natural curiosidad de la infancia, Rosita se enfadaba, gritaba y chillaba como si propiamente la hubiese picado un mal bicho.

Vino la directora y quiso recoger todo lo que á la nueva colegiala pertenecia; pero allí fué Troya. Rosita se opuso: queria tenerlo todo en su poder y disponer de ello á su antojo, y no costó poco trabajo convencerla de que los objetos pertenecientes á las niñas debian estar guardados y se les entregaban cuando era ocasion, así como tambien que los juguetes no eran para todo el dia, sino para las horas de recreo.

Rosita hizo pucheros, dió patadas en el suelo, traspasó con los dientes el rico pañuelo de batista, y al volver la espalda la directora, una anciana con una papalina, tan ridícula por su forma como respetable porque cubria la cabellera blanca de una mujer honrada, le hizo cuatro gestos, que provocaron una gran carcajada en todas las demás niñas, que nunca habian conocido colegiala tan descarada y valiente.

Llegó la hora de la comida, y todo lo encontró malo, hizo ascos á todo, y manifestó de todas maneras su mal humor.

La niña era una ganga; y no necesitaba poca paciencia quien tuviera á su cargo su educacion.

(Se continuará.)